

Mensaje doce

**Permitir que la paz de Cristo
sea el árbitro en nuestros corazones,
dejar que la palabra de Cristo
more ricamente en nosotros
y perseverar en la oración,
con miras al nuevo hombre**

Lectura bíblica: Col. 3:15-17; 4:2-4

I. Debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones—3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35:

- A. La palabra griega traducida *sea el árbitro* puede traducirse también “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como un árbitro en nuestros corazones, deshace las quejas que tengamos contra otros—Col. 3:13.
- B. Muchas veces nos hemos percatado de que hay tres personas que operan en nuestro ser: una que se inclina por las cosas positivas, otra que se opone a estas cosas, y una tercera que toma una posición neutral; de ahí que necesitamos de un árbitro que resuelva las disputas que hay en nuestro interior:
 - 1. Cada vez que sintamos que los diferentes contendientes en nosotros están argumentando o disputando, debemos permitir que la paz de Cristo presida sobre nuestro ser y que esta paz, que es la unidad del nuevo hombre, nos gobierne y sea quien tenga la última palabra.
 - 2. Debemos desechar nuestras opiniones, nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice el Árbitro que mora en nosotros.
- C. Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; podremos disfrutar de paz verticalmente, entre nosotros y Dios, y horizontalmente, los unos con los otros:
 - 1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son resueltos y las fricciones entre los santos cesan; de este modo, la vida de iglesia será guardada en dulce armonía, y el nuevo hombre será protegido de una manera práctica.
 - 2. La paz de Cristo que arbitra en nuestros corazones es

Mensaje doce (continuación)

Cristo mismo que opera en nosotros para gobernar-nos, para ser quien tiene la última palabra y para tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.

3. Si nos dejamos regir por la paz de Cristo que ha sido entronizada en nuestro ser, no ofenderemos a otros ni les causaremos daño; antes bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos la vida divina a los demás.
4. Esta paz debe unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz—Ef. 4:3.

II. Debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros—Col. 3:16-17:

- A. Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en perfecta unidad y armonía, nos convertimos en el lugar donde Dios habla, Su oráculo—vs. 15-16; Ap. 2:1, 7:
 1. La unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable; la división hace que la palabra de Dios escasee, e incluso que cese por completo—Lv. 1:1.
 2. Ya que la unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable, debemos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones—Col. 3:15.
 3. El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que ella tiene suficiente cabida en nosotros, de modo que empapa y satura todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace todos nuestros conceptos, opiniones y filosofías—Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5.
- B. Debemos dar a la palabra del Señor el primer lugar, a fin de poder experimentar las diferentes funciones que tiene la palabra de Dios mientras ésta opera en nosotros y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser—Col. 3:16:
 1. La palabra de Dios nos alumbró (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y sacia nuestra sed (Is. 55:1, 8-11).
 2. La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos edifica (Hch. 20:32).
 3. La palabra de Dios nos perfecciona, nos hace completos (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17).

COLOSENSES

Mensaje doce (continuación)

- C. Al permitir que la palabra de Dios more en nosotros, podremos llegar a ser seres humanos apropiados, Dios-hombres llenos de Cristo, quien es la realidad de los atributos de Dios—Col. 3:16-25; Fil. 4:5-8.

III. Debemos perseverar en la oración—Col. 4:2-4:

- A. Debemos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva—1:12; 2:6-7; 4:2:
 - 1. Debemos dedicar tiempo a absorber al Señor, teniendo contacto con Él de una manera definida y prevaleciente—Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6.
 - 2. Reunirnos con Dios por la mañana no sólo significa reunirnos con Él temprano, sino también reunirnos con Él en un ambiente lleno de luz; debemos acudir a Dios a solas, sin que ninguna persona, asunto o cosa nos distraiga u ocupe nuestra atención—Pr. 4:18; Éx. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35.
 - 3. Cuando oramos, es decir, cuando nos acercamos al trono de la gracia, la gracia se convierte en un río que fluye en nosotros y nos abastece—He. 4:16; cfr. Ap. 22:1.
- B. Si hemos de luchar en favor de Dios y en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración—Dn. 6:10:
 - 1. Los que tomamos partido en favor de Dios hemos comprobado que todo el universo caído se opone a nosotros y, en particular, a que oremos; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros—Mt. 26:41.
 - 2. Orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído—Lc. 18:1-8.
- C. Debemos dedicar tiempos específicos para orar; debemos considerar la oración como la actividad más importante y no debemos permitir que nada interfiera con ella—Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12.
- D. Debemos ejercitar continuamente nuestro espíritu, a fin de mantenernos en un ámbito de oración—Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9:
 - 1. Debemos orar sin cesar, perseverar en la oración y, de este modo, mantener una unión íntima con el Señor—1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19.

BOSQUEJOS DEL ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN

Mensaje doce (continuación)

2. Debemos inquirir del Señor hasta en los más pequeños detalles; al hacer esto perseveramos en la oración y, por ende, vivimos a Cristo—cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:6-8.

IV. A medida que permitimos que la paz de Cristo nos gobierne y que la palabra de Cristo more en nosotros por medio de nuestra oración perseverante, Él nos saturará y reemplazará lo que somos consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales desaparezcan y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad—Col. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11.